

HUMBERTO GIANNINI Y LA FILOSOFÍA DEL DESPRENDIMIENTO EN SAN BUENAVENTURA

PAMELA CHÁVEZ A.

Universidad de Chile

pchavez@u.uchile.cl

RESUMEN

Humberto Giannini fue profesor de Filosofía Medieval desde 1960. Uno de los pensadores que estudió fue San Buenaventura, en quien destacó tres aspectos: crítica a la filosofía de escuela, el filósofo como juglar y peregrino y el pensamiento como diálogo entre hombre y naturaleza. Para Giannini, en el siglo XIII se encuentran dos modos de filosofar simbolizados por París y Asís, uno orientado al arte de la disputa y otro unido a una forma de vida de desprendimiento y simplicidad. Así, la filosofía aparece como experiencia junto a otros y contemplación alegre del sentido profundo de los entes creados.

PALABRAS CLAVE: Humberto Giannini; San Buenaventura; filosofía medieval; siglo XIII.

Tuve la inestimable posibilidad de conversar con el profesor Humberto Giannini en enero de 2014, en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Él accedió con la cercanía que le caracterizaba a este gratuito conversar por conversar; hablamos, recuerdo, sobre la actualidad del estudio de la filosofía medieval, el universo que encierran esos mil años, la profundidad de sus preguntas filosóficas y teológicas y su fecunda y siempre renovada interpelación a los problemas del pensamiento contemporáneo.

El profesor Giannini obtuvo la cátedra de Filosofía Medieval en la Universidad de Chile en 1960. Un pensador del cual se ocupó fue san Buenaventura, a quien dedicó un espacio en su *Breve Historia de la Filosofía* y un artículo en la *Revista de Filosofía* en 1977, basado en una conferencia dada en la Iglesia de San Francisco con ocasión de los 800 años del nacimiento del

santo de Asís; el artículo lo tituló “Filosofía y desprendimiento en el pensamiento de San Buenaventura”.

Esta presentación se basa en la idea bonaventuriana de que nuestro conocimiento del mundo es de alguna manera especular; lo que vemos es, como el reflejo de un espejo, indicativo de otra cosa: el *siempre más* del objeto y la persona del observador. El pensamiento es una relación de diálogo entre la realidad y quien la desentraña; en palabras de Buenaventura, a la iluminación del conocimiento concurren el objeto que se manifiesta como signo y la facultad que lo aprehende. Así, el modo en que Humberto Giannini recepciona a este pensador medieval es indicativo de su propia persona como filósofo. En esta perspectiva, proponemos “especular” al filósofo chileno en tres aspectos que él releva: la crítica a la filosofía de escuela, el filósofo como juglar y caminante y el pensamiento como diálogo entre la naturaleza y el hombre.

I CRÍTICA A LA FILOSOFÍA DE ESCUELA

Buenaventura de Bagnoregio (1221-1274) se llamaba Juan de Fidanza y nació en Italia central; desde pequeño se sintió ligado al santo Francisco de Asís (1181/82-1226), a quien agradecía el haber intercedido para librarle de una grave enfermedad que lo tuvo al borde de la muerte. Tempranamente, con apenas unos trece años, marchó a París a iniciar estudios universitarios. Siendo ya Bachiller, decide orientarse a la vida religiosa. Conoce a maestros célebres franciscanos, como Alejandro de Hales; impactado por la radicalidad de vida de la Orden de los Frailes Menores, decide entrar en ella a sus veintidós años. Destacado profesor en la Universidad de París, se doctora en Teología. En cierto momento, dicha Universidad limita las cátedras de los maestros pertenecientes a órdenes mendicantes –dominicos y franciscanos–

como resultado de la polémica sobre la pobreza como forma de vida. Buenaventura escribe *Cuestiones disputadas sobre la pobreza evangélica y Apología de los pobres*. A sus 36 años, Buenaventura es elegido ministro General de la Orden y deja de intervenir en cuestiones universitarias; viaja por las provincias tomando contacto con los hermanos religiosos y procurando elevar la preparación intelectual de ellos; escribe sobre cuestiones apoloéticas y teológicas, todas obras cumbres del pensamiento medieval, entre las que destacan *Itinerarium mentis in Deum* o *Breviloquium*. Escribe *Legenda Maior* de Francisco de Asís, historia de la vida del santo en base a la recopilación que hizo de narraciones de personas que le conocieron y que será la base del célebre ciclo de frescos de Giotto (1297/98). Muere participando en el Concilio de Lyon en 1274 a los 53 años; Tomás de Aquino había muerto unos meses antes, en camino a él.

Para Humberto Giannini, Buenaventura expresa en el siglo XIII el encuentro entre dos modos de filosofar simbolizados por París y Asís; el primero, centrado en el arte de la disputa y la argumentación y el crecimiento del edificio aristotélico-tomista en la cultura universitaria; el segundo, centrado en una forma de vida testimonial fundada en la vuelta al seguimiento radical del Evangelio, el amor, la predicación de la palabra y el desprendimiento en la persona de Francisco y los Hermanos Menores. Él encarna a la vez al maestro de excelencia y al mendicante.

Pero, ¿cómo pueden unirse París y Asís? El diálogo entre ambos significa, en primer lugar, que hay más de un modo de hacer filosofía y que lo propio de la universidad no puede ser sino el encuentro entre personas con diversas visiones y culturas en un esfuerzo cooperativo en pos de la verdad. Frente a la disputa o el duelo entre argumentaciones diferenciadas y rivales, Buenaventura y Giannini señalan hacia el encuentro entre experiencias (Giannini, 2007, p.16);

Pannikar, 2006, p.31); buscar la verdad y evitar el error aparecen ahora con la dimensión nueva de un imperativo de amor divino y fraterno que llega a orar por el adversario en Buenaventura, un imperativo de proximidad y búsqueda de lo común en Giannini.

En segundo lugar, significa que tal vez no sea la academia la genuina fuente desde donde emana la pregunta que mueve al filosofar, sino que ese origen es la vida misma, el acontecer biográfico, social e histórico; el pensar tiene el dramatismo del que atraviesa una ciudad y a menudo una ciudad sitiada, no la calma de una torre aislada. La Universidad no es sino el lugar donde se piensa ese acontecer con las mejores herramientas intelectuales de cada época. La figura de Sócrates en las calles atenienses se reinventa en la de estos maestros mendicantes –el franciscano Buenaventura o el dominico Tomás de Aquino– en las calles y universidades medievales, no menos que en el filósofo Humberto Giannini en las calles y universidades chilenas.

En tercer lugar, la actividad de san Buenaventura manifiesta que la filosofía tiene algo de “extrañamiento”, de salida de sí hacia el otro, según expresa el profesor Giannini: “Para alcanzar la vida ajena –si realmente queremos alcanzarla con nuestra pretendida verdad– es preciso, de alguna manera, hacernos como el otro” (Giannini, 2014, p.148). Buenaventura tenía una verdad que comunicar y para alcanzar el fondo del alma del otro en una comunicación real, tenía que hablar el lenguaje universitario parisino y amarlo para comprenderlo. Además del extrañamiento en la pobreza, dice Giannini, “A Buenaventura, por sus condiciones personales le tocó ir a sufrir el extrañamiento en la filosofía, entre disputas y silogismos” (Giannini, 2014, p.148). Ambos pensadores nos ponen en alerta sobre los riesgos del extrañamiento y de todo exponerse ante otro: deformación de las intenciones, incompreensión, indiferencia, encarnizado combate y violenta imposición. En nuestro tiempo, el extrañamiento del filosofar se vive, además, de modos

nuevos, como el supeditar la actividad del pensar a la carrera por los índices de productividad o la carencia del tiempo para escuchar o simple conversar de los asuntos comunes, que el profesor Giannini cultivaba como una misión de humanidad.

Por último, la filosofía-teología del gran maestro en la Universidad de París –pues Buenaventura no es filósofo y no pretendió serlo, nos previene Giannini – constituye una crítica a la filosofía de escuela en cuanto inaugura un nuevo modo de filosofar desde una posición cultural específica, atreviéndose a hablar con un lenguaje propio. Quisiera remarcar este pensar desde lo propio. Buenaventura pensó desde la experiencia cristiana, mística, contemplativa y franciscana, novedad que Giannini expresa diciendo:

“El pensamiento cristiano tuvo que hacer un largo y penoso viaje –nada menos que doce siglos– para empezar a liberarse y sólo hasta cierto grado del prestigio de la sabiduría antigua, para empezar a dar cuenta del universo en su propio estilo y en su propio lenguaje” (Giannini, 2014, p.150).

Pensar desde lo propio fue lo que hizo Buenaventura desde el franciscanismo medieval o Giannini desde su ser personal y desde la historia de Chile de los años sesenta en adelante. Esto implica un sentido de autenticidad, actitud hermanada tanto con la humildad –pues implica aceptar ser nada más que lo que se es– como con la sana estima de sí. Esta es, en mi experiencia, una huella de Humberto Giannini como maestro: pensar desde lo propio nos hace filósofos y filósofas sin grandilocuencia ni pretensión, con la responsabilidad de ser los que piensan hoy, en el aquí y en el ahora, en Latinoamérica, en Chile, en el norte o en el sur, en el mar o en la cordillera, desde nuestras múltiples e irrepetibles miradas, y piensan con otros y para otros. Pensar es ser tocado en lo hondo por una experiencia y reunir elementos para comprenderla, comunicando a otros y dejándose interpelar por ellos, con el fin de ofrecer palabras clarificadoras para el camino común.

II EL FILÓSOFO COMO JUGLAR Y CAMINANTE

Humberto Giannini destaca la figura de Francisco, en quien puede verse icónicamente al pensador como “juglar de Dios” y caminante, cuyo oficio es alegre salir al mundo, hacerse pobre y uno con él, amándolo sin gesto posesivo sino desprendido. Esta sencillez de espíritu llega a la filosofía a través del franciscano Buenaventura, quien propone un modo del conocer desasido no sólo de lo material sino del vano y orgulloso deseo erudito que retiene mediante el vencer en el duelo de la razón.

El desprendimiento no consiste en desinterés del mundo, ascesis, desprecio o mirada condenatoria de lo corpóreo o terreno sino en un amoroso caminar no posesivo; en efecto, precisamente es Buenaventura quien enseñará que todas las cosas creadas constituyen iluminaciones, luces que significan algo más e indican hacia otra cosa. El itinerario del hombre no es *hacia* Dios, sino *en* Dios; no se evade en trasmundos sino que contempla lo que subyace a todo. Esto puede verse en su consideración de las artes que se ordenan al cuidado del cuerpo o en el ideal de la pobreza:

“Toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del padre de las luces, dice el apóstol Santiago en el capítulo primero de su epístola. En estas palabras se alude al origen de toda iluminación y a la vez se insinúa la liberalidad con que múltiples iluminaciones emanan de la primera luz, fuente de toda otra luz” (San Buenaventura, 2010a, p.1).

En la intuición bonaventuriana, todo objeto de conocimiento es iluminación, *illuminatio*, irradiación que proviene de la luz: las criaturas, las ciencias, las cosas reveladas; también el alma y sus facultades, los dones naturales o sobrenaturales que la adornan. Es posible descubrir a Dios en las potencias naturales y en sus obras, como las artes, las ciencias, la filosofía, la teología o

revelación; esto, porque en lo más íntimo de lo sentido, conocido o experimentado, está latente y resplandece Dios. Todo es signo del origen; en todo reluce la perfección divina: en los vestigios, que son todos los entes naturales; en el ser humano como *imago Dei*, en la filosofía, en las Sagradas Escrituras. Incluso en la luz más exterior, la que alumbra a las artes mecánicas que se orientan a suplir la indigencia del cuerpo, puede reconocerse esa huella: en el arte de la lana, de las comidas, agricultura, de la medicina, de la navegación, textil; todo puede conducir al fin del hombre.

La filosofía se muestra como crítica a la especulación pura sin transformación interior; Buenaventura sitúa en esto último el rol de la Sagrada Escritura. En su obra *Colaciones sobre el Hexamerón* (Buenaventura, 1972a, VII 4-5), hace una crítica de la filosofía pura y proclama la necesidad de algo más, que tenga un horizonte transformador, que para el autor es la fe; en efecto, los antiguos y nobles filósofos admitieron las virtudes cardinales que llevan al alma al justo medio virtuoso, pero nada más. No experimentaron tres acciones necesarias: ordenar el alma al fin último, rectificar los afectos y sanar enfermedades, como la ignorancia. Desde la experiencia de Buenaventura, la filosofía puede brindar una luz grande en cuanto a la verdad de las cosas o de las acciones humanas, pero es insuficiente e imperfecta en cuanto no conlleve la transformación espiritual del hombre; expresa, siguiendo a Juan Crisóstomo: “No obstante cuanto dijere, nada representarán las palabras como la experiencia de las cosas (San Buenaventura, 1972a, IX, p.27).

La filosofía aparece también como revaloración de la vida contemplativa, inseparable del renacimiento de la investigación del mundo. La reflexión filosófica no es primeramente raciocinio, silogismo, sino contemplación, *co-intuición* de lo que es y *suspensión* para descifrar la verdadera realidad. Al modo de filosofar que transita por los razonamientos para develar el ser

de los entes, Buenaventura antepone que el ser profundo de las cosas trasciende a éstas y está en Dios; por eso el conocimiento busca a Dios en los vestigios, en las sombras, en las imágenes.

Las cosas reflejan la luz del pensamiento divino y puede decirse que existen de tres modos: en la mente humana, en su propia entidad y en el arte eterno; para Buenaventura, los entes no pueden ser comprendidos cabalmente sin considerar su relación a ese *eterno*. Si no se penetra la existencia eterna de las cosas en Dios, es imposible explicar la existencia en su entidad propia y en la mente misma; ella es la clave para todo nuestro saber acerca de los seres; metafóricamente hablando, es preciso mirar arriba para dar razón de lo de abajo.

Que el desprendimiento no sea desprecio de lo humano, se entiende por el sentido que otorga a la pobreza. San Buenaventura defiende la pobreza de la orden franciscana, que prohíbe no solo la propiedad personal sino también la de la comunidad. Esta pobreza es de ley natural, pues nadie puede obligar a alguien a aceptar algo que no quiere recibir, pero no es exigencia sino invitación. Buenaventura, con gran sentido de realidad y de acuerdo a la situación y estado de cada uno, invita a desprenderse de los lazos de los bienes terrenos y a confiar en la Providencia del Padre celestial, que cuida a las aves, los lirios, los hombres; aconseja peregrinar por este mundo como señores y heraldos del gran Rey, que no encauzan las cosas hacia sí sino hacia Aquel que las creó; son los juglares de Dios, según la expresión usada por el profesor Giannini. La invitación es para todos y consiste en la pobreza de espíritu que permite tener libre el alma para las cosas de Dios. La pobreza, si es voluntaria, es una perla muy fina y bella, frente a la cual aparece “la codicia (*cupiditas*), origen radical de todos los males” (San Buenaventura, 1972b, X, 1); el alma del pobre voluntario es refulgente, no vive por la solicitud de la vida sino como hermano caminante en Dios.

El filósofo como juglar y caminante, amante del mundo creado y a la vez desprendido de él, realiza de modo especial dos actitudes básicas: la libertad y la alegría. Este camino de liberación está dado en gran parte por la oración. Buenaventura distingue este rasgo en Francisco de Asís, diciendo en su *Leyenda Mayor*:

“oraba sin intermisión y se esforzaba por tener siempre a Dios presente en su espíritu. La oración era, en efecto, para esta alma contemplativa un verdadero *descanso*[...] porque lo mismo cuando viajaba que cuando estaba de morador en los conventos, ya dentro, ya fuera de casa, ora trabajase, ora estuviese descansando, se entregaba tan asiduamente a la oración que a ella consagraba no solo su espíritu y su cuerpo, sino también todos sus trabajos y todo el tiempo de su vida” (San Buenaventura, 1945, X, 1).

Buenaventura manifiesta en esto la libertad del pensador cristiano a que alude Giannini; frente al filósofo de la tradición ilustrada e incluso aristotélica, Buenaventura expone una nueva perspectiva: “El orden es éste: que se comience por la firmeza de la fe y se continúe por la serenidad de la razón para llegar a la suavidad de la contemplación” (San Buenaventura, 2010c, 15). Sus escritos comienzan llamando a la oración, pues el pensador no es mero artista de argumentaciones racionales, sino un contemplador de lo real, que para tener esa experiencia debe estar en una disposición especial:

“En el principio invoco al primer Principio, de quien descienden todas las iluminaciones como del Padre de las luces [...] Por eso primeramente invito al lector al gemido de la oración [...] no sea que piense que le basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada” (San Buenaventura, 2010b, Prólogo, 1,p. 4).

De la mano del carácter deseante y amante, el franciscano Buenaventura presenta como talante fundamental del pensador contemplativo la alegría. Ésta emerge como efecto de la liberadora

pobreza voluntaria y de la oración, en aquél que puede “ocuparse libremente en ensalzar, admirar, y aun gustar a Dios” (San Buenaventura, 2010b, Prólogo, 4).

Pienso que la idea bonaventuriana del pensador juglar de Dios, como Giannini lo describe, no está lejos de su propio talante como filósofo caminante, comprometido con su tiempo, contemplativo fenomenólogo, alegre en la proximidad de la conversación y del generoso enseñar a otros. La perspectiva de fe inherente a Buenaventura, en el caso de Giannini aparece más bien como pregunta del filósofo, como “ ‘el viejo’ tema de Dios, y su relación a la vida personal, y a la historia y al ser de los entes” (Giannini, 2010, p.7). La relación con lo divino aparece como un elemento importante en la comprensión filosófica de la vida y obra de los pensadores. Así, Giannini interpreta la persona de Sócrates estrechamente ligada a la palabra del dios en el Oráculo de Delfos, como un “héroe de la reflexión ética” que “actúa en el mundo para comprender la voluntad divina y someterse a ella” (Giannini, 2006, p.21). En sus palabras:

“El Oráculo conmovió de tal manera la vida de Sócrates, desde el momento que tuvo noticia de él, que desde ya no pudo ser sí mismo [...] Su heroísmo trágico estriba, pues, en averiguarlo, poniendo, por decirlo así, en suspenso el juicio divino. A lo largo de su investigación, que dura toda la vida, Sócrates descubre la negatividad de ese saber anunciado por el Dios –un saber relativo a un no saber absoluto” (Giannini, 2006, p.21s).

Como filósofo, Giannini también piensa el ámbito religioso como ocasión de diálogo con modos de pensar y culturas creyentes. Por ejemplo, en el prólogo a una obra del teólogo chileno Antonio Bentué, Giannini se refiere al puente común que puede extenderse entre una ética filosófica de la proximidad y una “teología de la proximidad”, encontrando la inspiración común de ambas “en aquellas palabras sapienciales que nos recuerda el autor: ‘*Quien no ama a su hermano a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve*’ (1 Jn 4)” (Giannini, 2010, p.11).

III EL PENSAMIENTO COMO DIÁLOGO ENTRE LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Giannini ve cómo Buenaventura vivió un “extrañamiento” en la seriedad de la filosofía de escuela y con su mirada impregnada de la actitud franciscana, en la sencillez alegre de la contemplación descubre que las cosas del mundo no son sólo las copias de la verdadera realidad platónica, aunque hablen de trascendencia; tampoco son únicamente las substancias cerradas y opacas de la filosofía aristotélica, sino que son signos y vestigios que hablan de algo más, que fraternizan con el ser humano en callada aperturidad expresiva.

Este diálogo silente interpela al ser humano quien se descubre como descifrador de un mundo vuelto hacia él, solidario con su destino espiritual, según la expresión de Giannini. El universo es un libro abierto hacia él y “escrito por fuera”, en forma análoga a la expresividad de la Sagrada Escritura o a la “escritura por dentro” de su propio ser sí mismo interior; en cuanto “signo”, cada cosa indica hacia su origen.

La naturaleza no *es* sino que *significa* lo que es y permanece. El itinerario de la mente en Dios se realiza en tres jornadas, que metafóricamente Buenaventura designa como el atardecer, la alborada y el mediodía, en cuanto ellas configuran un proceso progresivamente clarificador. En el primer grado del *Itinerarium*, a mi entender uno de los aportes más profundos de este pensador medieval, emprendemos la especulación de Dios por sus vestigios en el universo, pues Él reluce en sus criaturas. Las cosas creadas son luces por las cuales se puede co-intuir a Dios. Por los vestigios contemplados atenta y admirativamente se puede advertir la omnipotencia, sabiduría y bondad de Dios; por ejemplo, la hermosura y variedad es indicativa de la bondad de Dios, la grandeza de su omnipotencia, la plenitud de su operación y sabiduría, los contrastes de su armonía. También la imagen del vestigio, por la cual el mundo entra al alma

mediante la aprehensión, la delectación y el juicio es indicativa de la actividad creadora, suma proporción y hermosura divinas (San Buenaventura, 2010b, I, 1-15).

La experiencia de los vestigios como primer nivel del ascenso a Dios en Buenaventura, puede compararse con el desciframiento del “lenguaje” de un artefacto; por ejemplo, un arqueólogo puede “leer” en una vasija hallada las huellas de un pueblo del pasado, el grado de desarrollo técnico que alcanzó, su sentido espiritual y organización social. Así, el pensamiento se hace diálogo entre la naturaleza y el hombre. En este sentido, la experiencia bonaventuriana hace un consciente equilibrio entre el planteamiento platónico y aristotélico; dice el pensador medieval:

“Si fuera la razón total (o sea nuestra comprensión completa), no necesitaríamos la especie ni su recepción para conocer las cosas, lo cual vemos que es falso, porque el que pierde un sentido pierde también el conocimiento correspondiente. Por consiguiente, aunque el alma, según san Agustín, esté enlazada con las leyes eternas, porque en cierto modo alcanza la luz de estas leyes [...], con todo es también verdadero lo que dice el Filósofo, que el conocimiento se origina en nosotros por vía de los sentidos, de la memoria y de la experiencia [...] Así que parece habersele concedido a Platón [...] el lenguaje de la sabiduría y a Aristóteles el de la ciencia. Aquel miraba señaladamente hacia lo alto; éste, en cambio, hacia lo bajo principalmente” (San Buenaventura, 2010c,p.18).

Y Humberto Giannini, ¿hacia dónde nos hace volver la mirada? A ambos lugares, pero sobre todo al espacio del *entre*, entre nosotros.

EPÍLOGO

En la recepción que Giannini hace de Buenaventura se anuncia una filosofía comprendida como experiencia realizada entre otros, para otros y en el mundo a través del lenguaje humano y de la

naturaleza: en las calles y plazas de Asís, los caminos y campos medievales y en el interior humano no menos que en la Universidad de París.

Todo ello va esbozando una mirada sobre qué sea la filosofía. Consultado en una entrevista sobre la cuestión de la filosofía en la compleja época actual, Giannini reflexionaba sobre la misión filosófica de mantener viva la pregunta:

“La erudición es un lujo que ya no puede dárselo ningún ser humano, casi tiene un signo negativo. Tenemos que jugarlos por ciertas verdades, y la filosofía tiene una función también pedagógica, una función de mostrar los caminos, no para llegar a la verdad, sino para entrar en la pregunta por la verdad, para hacer de la pregunta por la verdad algo interesante para la vida” (Giannini, 2008, p.93).

Uniendo lo hallado junto al filósofo chileno en torno a san Buenaventura, la filosofía muestra la tarea de contemplación siempre renovada de lo real, que en su amplitud y aperturidad a la comprensión, integra cierto velamiento y dice algo de la profundidad que se anuncia en ella; en palabras de Buenaventura:

“Muéstrase también cuánta sea la amplitud de la vía iluminativa y de qué manera en lo íntimo de toda cosa sentida o conocida está latente el mismo Dios” (San Buenaventura, 2010a, p.26).

La existencia hace nacer la pregunta, porque su sentido no es evidente sino más bien enigmático y generador de perplejidad. Pienso que un aporte del pensamiento medieval y en especial de Buenaventura es la perspectiva de la peregrinación, en la encrucijada histórico-biográfica del que se reconoce como viajero, viador, *homo viator*, peregrino, caminante, *in via*, mas no *in patria*; Buenaventura señala:

“Si fuera la razón de una manera clara y abierta, no habría distinción entre el conocimiento del viador (*in via*) y el conocimiento *in patria*; lo cual es falso, porque éste (*in patria*) será *cara a cara* y aquél (*in via*) es *como por un espejo y en enigma* (1 Co 13, 12)” (San Buenaventura, Cristo, 2010c, p.18).

Así, la filosofía expresa la tarea de mostrar el aspecto nuevo y único que cada filósofo y filósofa de cada época y de cada tierra particular puede ver y comunicar a otros, con el fin común del florecimiento de toda persona, individual y comunitariamente.

BIBLIOGRAFÍA

Giannini, H.(2014), *Breve historia de la Filosofía*. Santiago: Catalonia.

Giannini, H. (2010), “Prólogo”, en A. Bentué, *Cultura de hombres, salvación de Dios*. Santiago: LOM; pp. 7-11.

Giannini, H. (2008), Entrevista, en C. Warknen, *La mesa abierta*. Santiago: BHP Billiton; pp. 75-94.

Giannini, H. (2007), *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*. Santiago: Catalonia.

Giannini, H. (2006), *La razón heroica (Sócrates y el Oráculo de Delfos)*. Santiago: Catalonia.

Giannini, H.(1977), “Filosofía y desprendimiento (en el pensamiento de San Buenaventur”, *Revista de Filosofía*, XV (1) 27-37.

Panikkar, R. (2006), *Paz e interculturalidad. Una reflexión filosófica*. Barcelona: Herder.

San Buenaventura (2010a), *De la reducción de las ciencias a la teología*. OC I. Madrid: BAC; pp. 541-561.

San Buenaventura (2010b), *Itinerarium mentis in Deum*. OC I. Madrid: BAC, pp. 474-534.

San Buenaventura (2010c), *Cristo, maestro único de todos*. OC I, Madrid: BAC; pp. 569-589.

San Buenaventura (1972a), *Colaciones sobre el Hexamerón*, VII. OC II. Madrid: BAC; pp. 174-584.

San Buenaventura (1972b), *Apología de los pobres. Contra el calumniador*. OC VI. Madrid: BAC; pp. 333-661.

San Buenaventura (1945), *Leyenda Mayor de San Francisco*. Madrid: BAC; pp. 521-665.